

Prólogo

Scarlet

La noticia radiofónica fue breve, casi de pasada. «Los cadáveres fueron amontonados y destruidos.» A continuación, los locutores contaron unos chistes y aquello fue todo. Tardé un minuto en comprender lo que había dicho la locutora por los altavoces del Suburban: *Por fin*. Un científico de Zúrich había creado *por fin* algo que hasta entonces había sido pura ficción. Durante años, y contra todo código ético conocido por la ciencia, Elías Klein había tratado de devolver la vida a un cadáver. Líder antaño entre los cerebros más brillantes del mundo, se había convertido en tema de chistes. Pero aquel día se le habría considerado un criminal si no hubiera estado muerto.

En aquel momento observaba a mis hijas por el retrovisor. Estaban discutiendo en el asiento trasero del coche y las dos palabras que deberían haberlo cambiado todo me entraron por un oído y me salieron por el otro. Dos palabras. Porque si no hubiera estado pensando en que Halle debía entregar a su profesor el permiso para irse de excursión al campo, me habría alejado de la acera pisando a fondo el acelerador.

«Cadáveres», «Amontonados».

Pero yo me estaba diciendo por tercera vez que quien debía recoger a las niñas aquel día, cuando salieran de clase, era su padre, o sea, Andrew. Subirían al coche y tardarían una hora en llegar a Anderson, la ciudad que antes llamábamos nuestra, para oír el discurso que el gobernador Bellmon iba a pronunciar ante los bomberos con

los que colaboraba Andrew, mientras la gente del periódico local hacía unas cuantas fotos. Él pensaba que las niñas se divertirían y yo había estado de acuerdo con él, quizá por vez primera desde que nos habíamos divorciado.

Aunque la mayoría de las veces carecía de sensibilidad, era un hombre cumplidor. Llevaba a nuestras hijas, a Jenna, que acababa de cumplir trece años y era demasiado guapa para dormir tranquila, y a Halle, que tenía siete, a jugar a los bolos, y a cenar, y a veces también al cine, pero sólo porque creía que debía hacerlo. Pasar un tiempo con sus hijas era para Andrew una especie de trabajo, pero no de los que se hacen por amor al arte.

Cuando Halle me puso las manos en las sienes y me cubrió las mejillas de besos, le levanté las gafas de montura negra y cristales de culo de vaso. Sin saborear el momento, sin saber que aquel día iban a ocurrir muchas cosas, que se estaba preparando la tormenta que iba a separarnos. Halle se alejó hacia la escuela medio correteando, medio patinando, cantando en voz alta. Era el único ser humano que conocía que podía ser insoportablemente repelente y entrañable a la vez.

Sobre el parabrisas cayeron algunas gotas y me doblé hacia delante para ver mejor las nubes que cubrían el cielo. Debería haber cogido un paraguas para Halle. La cazadora que llevaba era de tejido demasiado fino para resistir una lluvia de principios de primavera.

La siguiente parada era el instituto. Jenna estaba abstraída, comentando los deberes de clase mientras mandaba mensajes de texto al último chico en el que se había interesado. Me acerqué a la acera y volví a recordarle que su padre la recogería donde siempre después de recoger a Halle.

—Ya te oí las primeras diez veces —dijo con una voz ligeramente más profunda de lo que era normal a su edad.

Me miró con sus hundidos ojos castaños. Estaba allí en cuerpo, pero no en alma. Tenía una imaginación desbocada, libre como el viento, ay de mí, y en ese sentido era fabulosa, pero en los últimos tiempos apenas prestaba atención a otra cosa que no fuera su teléfono.

no móvil. La tuve cuando acababa de cumplir veinte años. Prácticamente habíamos crecido juntas y me preocupaba la posibilidad de no haberla educado como Dios manda; o como no manda. Pero de un modo u otro, el resultado era mejor del que podía haber esperado.

—Sólo te lo he dicho cuatro veces. Y como me has oído, repite lo que te he dicho.

Jenna dió un suspiro con cara inexpresiva, sin apartar los ojos del teléfono.

—Nos recogerá papá. Donde siempre.

—Y sé simpática con su amiga. Tu padre me dijo que la vez pasada fuiste muy grosera.

Levantó los ojos para mirarme.

—Eso fue con la amiga anterior. Con ésta no he sido grosera.

Arrugué la frente.

—Me lo dijo hace quince días.

Jenna hizo una mueca. No siempre estábamos obligadas a decir lo que pensábamos y yo sabía que estaba pensando lo mismo que quería decir yo, pero que no iba a decir.

Que Andrew era un cabrón.

Suspiré y me volví para mirar al frente, asiendo el volante con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. En cierto modo me ayudó a tener la boca cerrada. Cuando firmé los papeles del divorcio, dos años antes, hice en silencio una promesa: que nunca hablaría mal de Andrew delante de mis hijas. Aunque lo mereciera..., cosa que sucedía a menudo.

—Te quiero —dije mientras veía a Jenna abrir la portezuela con el hombro—. Hasta el domingo por la noche.

—Claro —dijo ella.

—Y no des un portazo...

El portazo sacudió el Suburban.

—... cuando cierres.

Di otro suspiro y me alejé de la acera.

Enfilé Maine Street, camino del hospital, donde trabajaba, toda-

vía apretando el volante y esforzándome por no maldecir a Andrew cada vez que se me ocurría algo. ¿Presentaba a nuestras hijas a todas las mujeres con quienes se acostaba más de una vez? Le había pedido, suplicado, gritado que no lo hiciera, pero inútilmente: al parecer, no permitir que su chica semanal pasara el sábado y el domingo con sus hijas era carecer de tacto. No importaba que dispusiese de los días laborables para estar con quien quisiera. El truco estaba en que si la mujer en cuestión tenía hijos que entretuvieran a Jenna y a Halle, Andrew aprovechaba la oportunidad para «hablar» a solas con ella en el dormitorio.

Me hervía la sangre. Cumplidor o no, era un cretino cuando me casé con él y en los últimos tiempos era más cretino todavía.

Metí el Suburban en la última plaza decente que quedaba en el aparcamiento del personal. En aquel momento llegó una ambulancia con la sirena puesta que se detuvo junto al andén de las ambulancias.

Se puso a llover. Lancé un gemido al ver correr hacia la puerta a mis compañeros de trabajo, con el uniforme empapado a pesar del poco tiempo que habían estado bajo la lluvia. Yo estaba a media manzana de la entrada lateral.

MMEV: menos mal que era viernes.

MMEV.

MMEV.

A punto estaba de apagar el motor cuando oí otra noticia por la radio, algo sobre una epidemia que se había declarado en Europa. Ahora que estoy en condiciones de recordar lo sucedido, creo que todo el mundo sabía lo que estaba pasando, pero se habían contado tantos chistes durante tanto tiempo que nadie quería creer que estuviera ocurriendo de verdad. Con todos los programas de televisión, tebeos, novelas y películas que circulaban sobre zombis, vampiros y otros no muertos, habría sido muy fuerte que alguien, por fin, hubiera sido tan inteligente y tan loco como para hacerlo realidad.

Ahora sé que el mundo acabó un viernes. Fue la última vez que ví a mis hijas.

1

Scarlet

Jadeaba cuando la gruesa portezuela metálica se cerró ruidosamente detrás de mí. Puse los brazos en cruz y el agua goteó de mis dedos hasta las baldosas blancas del suelo. Mi uniforme de hospital, antes azul verdoso, ahora era azul marino y estaba empapado de agua fría.

Mis zapatillas de deporte emitieron un susurro gorgoteante cuando di el primer paso. *Shrup*. Había pocas cosas peores que tener la ropa y el calzado mojados y me sentía como si me hubiera tirado a una piscina totalmente vestida. Tenía mojadas hasta las bragas. La primavera había empezado unos días antes y se había presentado un frente frío. Lo que caía no era agua, eran dagas voladoras mortales.

Dagas voladoras mortales. (*Gruñido*.) Se me estaba contagiando el dramatismo de Jenna a la hora de describir las cosas.

Pasé la tarjeta con mi nombre por el lector de infrarrojos y esperé hasta que el piloto del techo se puso verde y se oyó un pitido agudo y un chasquido que indicaba que se había abierto la puerta. La puerta pesaba y tuve que empujar con todas mis fuerzas. Finalmente conseguí entrar en el vestíbulo principal.

Los compañeros me miraron con sonrisas de comprensión y me sentí un poco mejor. Saltaba a la vista quiénes acababan de llegar para empezar el turno, más o menos cuando el cielo se meaba encima de nosotros.

Subí a cirugía saltando los peldaños de dos en dos, me metí en el vestuario de las mujeres, me quité los trapos chorreantes y me

puse el pantalón y la camisola de color azul claro. Puse las zapatillas debajo del secador de manos, pero sólo unos segundos. Seguro que los demás técnicos de rayos X me estaban esperando abajo. A las ocho de la mañana teníamos que hacer una serie de radiografías de esófago, estómago e intestino delgado, y el radiólogo de guardia se cabreaba mucho cuando le hacíamos esperar.

Con las zapatillas todavía esponjosas bajé corriendo y volví a cruzar el vestíbulo, esta vez en dirección a radiología. Por el camino pasé por delante de la doble puerta de urgencias. Chase, el guardia de seguridad, me saludó con la mano cuando me vio pasar.

—Hola, Scarlet —murmuró sonriendo brevemente y con mucha timidez.

Me limité a mirarlo y a sonreírle, más preocupada en aquellos instantes por tener listas las placas del esófago que por estar de palique con el guardia.

—Deberías hablar con él —sugirió Christy, señalando a Chase con la cabeza cuando me crucé con ella y su abultada mata de rizos largos y amarillos.

Cabeceé y entré en la sala de reconocimiento. El conocido sonido de mis zapatos adhiriéndose al suelo como por obra de un pegamento inauguró un ritmo igual de conocido. Fregaran el suelo con que lo fregasen, se suponía que era para eliminar las peores bacterias conocidas por el género humano, pero siempre se las apañaban para dejar un reguero de sustancias pegajosas. Puede que para recordarnos que el reguero estaba allí; o que el suelo necesitaba fregarse otra vez. Saqué del armario superior los frascos de bario para el contraste y llené de agua lo que faltaba. Tapé los frascos y los agité para que el polvo y el agua se mezclasen y formaran aquella repugnante y pegajosa pasta que olía a plátano.

—No empieces. Ya te dije que no. Parece que tenga quince años.

—Tiene veintisiete y no tienes por qué ser tan arisca. Es un tipo majo y se muere por hablar contigo.

La maliciosa sonrisa de Christy era irritantemente contagiosa.

—Es un crío —repuse—. Haz entrar al paciente.

Christy sonrió y abandonó la sala. Tomé nota mental de todo lo que había puesto en la mesa para el doctor Hayes. Menudo cascarrabías era; sobre todo los lunes, y más cuando hacía aquel tiempo tan horroroso.

Por suerte, yo le caía bien. Cuando era estudiante, hacía faenas de limpieza en las casas de los radiólogos. Ganaba algún dinero y era perfecto porque por entonces pasaba en la facultad cuarenta horas a la semana. Los médicos eran unos zoquetes en el hospital, pero me hicieron más favores que a nadie mientras estaba con lo del divorcio, ya que me dejaban llevar a las niñas al trabajo, y me daban algún pellizco extra por Navidad y los cumpleaños.

El doctor Hayes me pagaba bien por limpiarle una vieja granja que tenía, el rancho Red Hill, que utilizaba como refugio cuando huía del mundanal ruido. Estaba a hora y media de viaje en coche, en mitad del culo de Kansas. Era un viaje largo, pero se adecuaba a su finalidad. No había cobertura para los móviles. No había conexión con Internet. No había tráfico. No había vecinos.

La primera vez que fui me costó Dios y ayuda encontrar el sitio, hasta que Halle compuso una canción con las indicaciones. Aún oía su vocecita en mi mente, cantando a pleno pulmón con la cabeza asomada por la ventanilla.

*Al oeste por la estatal once,
derechas al cielo de bronce.
Al norte por la ciento veintitrés,
¿uno, dos tres? ¡Uno, dos, tres!
Cruza después la frontera
sin abandonar la carretera.
Ante la torre blanca, a la izquierda,
para que mamá no se pierda.
Izquierda otra vez en el cementerio,
¡tumbas, tumbas y mucho misterio!*

*Primera a la derecha,
vamos como una flecha.
¡Red! ¡Hill! ¡La cosa está hecha!*

Después de aquello ya no había pérdida posible, con lluvia o con sol. Incluso había comentado un par de veces que era el escondite perfecto en caso de que hubiera un apocalipsis. Jenna y yo éramos adictas a los espectáculos posapocalípticos, siempre veíamos las maratones del Fin del Mundo y los programas televisivos de preparación. En ningún momento acumulamos pollo congelado ni construimos refugios subterráneos en el bosque, pero era muy entretenido ver hasta dónde eran capaces de llegar los demás.

El rancho del doctor Hayes era el lugar más seguro para sobrevivir. Los armarios de la cocina y la despensa estaban siempre llenos de comida y el sótano habría enorgullecido a cualquier entusiasta de las armas de fuego. Las suaves colinas de alrededor lo camuflaban perfectamente y estaba rodeado por trigales por tres lados. La carretera quedaba a cincuenta metros de la parte norte de la casa y al otro lado de la roja tierra había otro campo de trigo. Descontando el crecido arce que había detrás, la visibilidad era excelente. Buena para admirar las puestas de sol, mala para quien quisiera colarse sin ser llamado.

Christy abrió la puerta y esperó a que entrara la paciente. Era una mujer joven y delgada, de ojos hundidos y cansados. Parecía pesar diez kilos menos de los que le correspondían.

—Dana Marks, fecha de nacimiento nueve del doce del ochenta y nueve. ¿Correcto? —preguntó Christy, volviéndose hacia Dana.

La joven asintió y el movimiento le tensó la piel del cuello que le cubría los tendones. Su piel era de un gris enfermizo que acentuaba el morado de las ojeras.

Christy le dió la bata.

—Desnúdese detrás de aquella cortina. Las bragas no hace falta. Bueno, eso si no lleva en ellas ninguna joya ni nada parecido.

Dana negó con la cabeza, incluso pareció hacerle gracia la observación. Se puso en movimiento con lentitud y desapareció detrás de la cortina.

Christy cogió una placa y se acercó a la mesa de rayos X que se alzaba en el centro de la sala. Introdujo la placa en la bandeja portadora, entre la superficie de la mesa y los mandos.

—Por lo menos podrías decir hola.

—Hola.

—A mí no, pendón. A Chase.

—¿Todavía estás con ese rollo?

Christy puso los ojos en blanco.

—Sí. Un tío majo, tiene un buen empleo, no ha estado casado, no tiene críos. ¿Te he dicho que es majo? ¡Y ese pelo negro que tiene... y qué ojazos!

—De color castaño. Sigue. Dime ahora con qué pegan los ojos castaños.

—No son sólo castaños. Son castaños con un toque dorado de miel. Será mejor que te lances ya si no quieres perder la oportunidad. ¿Sabes a cuántas solteras de este hospital se les cae la baba al verlo?

—Eso no me preocupa.

Christy sonrió y cabeceó. Le cambió la cara cuando oyó el zumbido de su buscapersonas. Se lo desprendió de la cintura y lo miró.

—Vaya. Tengo que llevarme el escáner del quirófano dos para la operación del doctor Pollard. Oye, a lo mejor tengo que irme un poco antes para llevar a Kate al dentista para la ortodoncia. ¿Por qué no me sustituyes en el quirófano a las tres? Es coser y cantar.

—¿De qué se trata?

—Un pequeño favor. Básicamente cuidar del escáner.

El escáner en cuestión indicaba a los médicos en qué punto del cuerpo estaban en tiempo real. Como la máquina emitía radiación, nuestro trabajo como técnicas de rayos era estar allí presentes, empujar, tirar y apretar el botón durante la intervención quirúrgica.

Eso y cuidar de que el médico no bombardeara al paciente con demasiada radiación. No me importaba vigilarlo, pero el chisme pesaba una tonelada. Pero como Christy habría hecho lo mismo por mí, accedí.

—Claro. Pásame el busca antes de irte.

Christy cogió un delantal plomado y me dejó para irse arriba.

—Eres formidable. El historial de Dana está en la ficha. ¡Hasta luego! ¡Pídele el teléfono a Chase!

Dana salió del cuarto de baño con paso cansino. Le indiqué con la mano que se sentara en una silla, junto a la mesa.

—¿Le explicó su médico cómo es esto?

—La verdad es que no.

Por mi cabeza pasaron unas cuantas palabras selectas. Cómo podía un médico mandar a una paciente a someterse a una prueba sin explicarle nada. Me parecía una actitud tan marciana como que el paciente tampoco hiciese preguntas al respecto.

—Primero le haré unas radiografías del abdomen y luego iré a buscar al médico. Volveré, pondré la mesa en posición vertical y usted se pondrá de pie y se tomará esa solución de bario —le expliqué, señalándole el vaso que había detrás de mí, en un mostrador—. Se lo tomará sorbo a sorbo, según le indique el médico. El médico encenderá el fluoroscopio para ver que el bario le baja por el esófago hasta el estómago. El fluoroscopio es básicamente como un aparato de rayos X, pero en vez de hacer fotos fijas permite ver imágenes en tiempo real. Cuando acabemos con eso, pasaremos a la inspección del intestino delgado. Se tomará usted el resto del bario y conforme le baje por el intestino delgado le haremos radiografías.

Dana miró el vaso.

—¿Sabe mal? No paro de vomitar. No retengo nada.

La ficha con las notas de Christy estaba en el mostrador, al lado de los vasos vacíos. La recogí y busqué la respuesta a mi siguiente pregunta. Dana se encontraba mal desde hacía sólo dos días. La miré para evaluar su aspecto.

—¿Ha sentido esta misma indisposición anteriormente? —Negó con la cabeza—. ¿Ha viajado hace poco? —Volvió a negarlo—. ¿Sabe si ha padecido la enfermedad de Crohn? ¿Anorexia? ¿Bulimia?

Estiró los brazos con las palmas de las manos hacia arriba. Tenía un mordisco en mitad del antebrazo. Los dientes le habían rasgado la piel. Eran perforaciones rojizas, profundas, como medias lunas enfrentadas, pero la lastimada piel que rodeaba las incisiones seguía intacta.

La miré a los ojos.

—¿Un perro?

—Un borracho —dijo conteniendo la risa—. Fui a una fiesta el martes por la noche. Acabábamos de salir de la casa y un tipo que estaba haciendo el indio por allí me cogió el brazo y me mordió. Me habría arrancado un cacho de carne si mi novio no le hubiera dado un puñetazo. Lo dejó tirado el tiempo suficiente para meternos en el coche y largarnos. Ayer vi en la tele que había atacado también a otras personas. La misma noche, en la misma urbanización. Tenía que ser el mismo.

Le solté el brazo, que cayó como muerto hasta el costado de la mujer.

—Joey está en la sala de espera —prosiguió—. Muerto de miedo, por si tengo la rabia. Acaba de volver de su última misión en Afganistán. Ha visto de todo, pero no soporta oírme vomitar.

Rió por lo bajo.

Sonreí para tranquilizarla.

—Se diría que es su guardián. Súbase a la mesa y tiéndase de espaldas.

Obedeció, pero necesitó ayuda. Tenía las huesudas manos frías como el hielo.

—¿Cuántos kilos diría usted que ha adelgazado? —le pregunté mientras la instalaba en la mesa, convencida ya de que había leído mal el informe de Christy.

Dana hizo una mueca cuando sintió la frialdad y dureza de la tabla contra su columna y su pelvis.

—¿Quiere una manta? —añadí, cogiendo ya el grueso y blanco cobertor de algodón del aparato calentador.

—Sí, por favor. —Gimió cuando le puse la manta encima—. Se lo agradezco. No sé qué me pasa, pero no consigo entrar en calor.

—¿Siente dolor en el abdomen?

—Sí, mucho.

—¿Cuántos kilos ha perdido?

—Casi diez.

—¿Desde el martes?

Arqueó las cejas.

—Le digo la verdad. Créame. Lo malo es que yo ya estaba muy delgada. No será la rabia, ¿verdad que no?

Quiso volver a reírse de su propia broma, pero percibí preocupación en su voz.

Sonreí.

—Si el médico hubiera creído que tiene usted la rabia, no la habría mandado aquí, a radiología, para que le viéramos el esófago.

Dio un suspiro y miró al techo.

—Gracias a Dios.

Cuando tuve a Dana en el lugar indicado, moví el tubo de rayos X, apreté el botón y puse la placa en el lector. Yo no quitaba los ojos del monitor. Ardía en deseos de saber si había alguna obstrucción o algún cuerpo extraño en su organismo.

—¿Qué tenemos aquí, colega? —preguntó David, materializándose a mis espaldas.

—No estoy segura. Esta mujer ha perdido diez kilos en dos días.

—No fastidies.

—Fastidio.

—Pobre criatura.

En su voz había sinceridad y conmiseración auténtica.

Los dos mirábamos la imagen iluminada del monitor. Cuando la placa del abdomen de Dana llenó la pantalla, ni David ni yo pudimos reprimir la sorpresa.

Él se llevó los dedos a la boca.

—La madre que...

Asentí. Muy despacio.

—Y el padre.

David cabeceó.

—Nunca había visto una cosa igual. En los manuales sí, claro, pero... Dios mío. Mal asunto.

La imagen de la pantalla nos tenía hechizados. Tampoco yo había visto nunca una acumulación de gases así. Ni siquiera recordaba haberla visto en los manuales.

—Esta mañana han hablado mucho por la radio sobre ese virus de Alemania. Dicen que se está extendiendo. Y en la tele parece que es la guerra. La gente corre asustada por las calles. Da miedo.

Arrugué el entrecejo.

—Oí algo cuando dejé a las niñas esta mañana.

—No pensarás que la paciente tiene eso, ¿verdad? En realidad no saben de qué se trata, pero eso —David señaló el monitor con el dedo—, ni hablar.

—Sabes tan bien como yo que vemos cosas nuevas continuamente.

Él siguió mirando el monitor otro par de segundos y asintió, como quien sale de sus meditaciones.

—Hayes está listo si tú lo estás.

Cogí el delantal plomado, pasé los brazos por las sisas y me até los cordones en la espalda. Me dirigí a la sala de lectura para buscar al doctor Hayes.

Como esperaba, estaba sentado en su silla, con los ojos en el monitor, rodeado de oscuridad y dictando en voz baja por el micro. Esperé pacientemente en la puerta a que terminase. Al cabo de un rato levantó los ojos para mirarme.

—Dana Marks, veintitrés años, presenta dolor abdominal y considerable pérdida de peso desde el miércoles. También ha perdido cabello. Ningún antecedente de enfermedad abdominal ni cardíaca,

ninguna intervención quirúrgica abdominal, ningún reconocimiento abdominal hasta la fecha.

El doctor Hayes recogió la radiografía que le alargaba y entornó los ojos unos segundos.

—¿Pérdida considerable? ¿Cuánto?

—Nueve kilos y medio.

Su asombro fue superficial hasta que vio la imagen de la pantalla. Se puso como la tiza.

—Por todos los santos.

—Lo sé.

—¿Dónde ha estado esta mujer?

—No ha viajado recientemente, si se refiere a eso. Me ha contado que el martes por la noche salió de una fiesta y un borracho la atacó.

—Esto es muy serio. ¿Ve este anillo de gas de aquí? —señaló la pantalla. Sus ojos brillaron; sabía cuál era el problema—. Es acumulación de gas en la vena porta. Fíjese en el perfil del tracto biliar. Impresionante. —El doctor Hayes pasó de la viveza al pesimismo en una fracción de segundo—. No creo que haya visto esto a menudo, Scarlet. Esta paciente no mejorará.

Lo sentí por Dana, pero tuve que contener las expresiones de pesar. O tenía una infección aguda o había alguna otra cosa que le bloqueaba o estrangulaba las venas del intestino. Tenía las entrañas prácticamente inmóviles y atrofiadas. Probablemente le quedaban cuatro días de vida. Podría sometérsela a una intervención de urgencia, pero era muy probable que sólo se consiguiera acelerar su fin.

—Me lo imaginaba.

—¿Quién es su médico de cabecera?

—Vance.

—Lo llamaré. Cancele las demás radiografías. Necesita una tomografía.

Asentí y salí al pasillo mientras el doctor Hayes hablaba en voz baja con el doctor Vance para explicarle su hallazgo.

—Muy bien. Manos a la obra —repuso Hayes poniéndose en pie. Nos costó un poco distanciarnos del siniestro futuro que aguardaba a la paciente. El doctor Hayes me siguió por el pasillo hasta la sala de reconocimiento, donde estaba esperando Dana—. ¿Las niñas bien?

—Pasarán el fin de semana con su padre. Van a conocer al gobernador.

—¡Oh! —exclamó Hayes con fingida admiración. Ya conocía al gobernador, se había reunido con él varias veces—. También las mías vienen a casa este fin de semana.

Sonreí, contenta de saberlo. Desde que Hayes se había divorciado, Miranda y Ashley no veían a su padre tanto como a éste le habría gustado. Las dos iban a la universidad, tenían novio formal, pero aún eran las niñas bonitas de mamá. A Hayes no le hacía gracia, pero todo el tiempo libre que les dejaban los novios y los estudios lo pasaban con la madre.

Hizo un alto, tragó una bocanada de aire, abrió la puerta de la sala de reconocimiento y entró después de mí. La consulta no me había dejado ningún margen de tiempo para poner orden en la sala, así que fue un alivio que se hubieran cancelado las restantes radiografías.

David agitaba los frascos de bario.

—Gracias, David, pero no vamos a necesitarlos.

Como ya había visto las imágenes, no hizo falta explicarle el motivo.

Ayudé a Dana a sentarse. La muchacha se nos quedó mirando, evidentemente preguntándose qué ocurría.

—Dana —empezó el doctor Hayes—, ¿dice usted que sus molestias empezaron el miércoles por la mañana?

—Sí —respondió la joven con una voz tensa que reflejaba su creciente incomodidad.

El doctor Hayes le sonrió y puso sus manos en las de la joven.

—Hoy no le haremos más radiografías. El doctor Vance ha soli-

citado que en su lugar le hagan una tomografía. Tendrá usted que vestirse y volver a la sala de espera. La llamarán dentro de un rato. ¿Ha venido con alguien?

—Con Joey, mi novio.

—Estupendo —exclamó Hayes, dándole unas palmaditas en el dorso de la mano.

—¿Me pondré bien? —preguntó la joven, esforzándose por apoyar el tronco en el huesudo trasero.

El doctor Hayes volvió a sonreírle, tal como yo imaginaba que sonreiría cuando hablaba con sus hijas.

—Cuidaremos bien de usted. No se preocupe.

La ayudé a poner los pies en el suelo.

—Déjese la bata puesta —aconsejé, cogiendo otra rápidamente y andando detrás de ella—. Y póngase esta otra detrás como un camión. —Pasó los delgados brazos por las sisas y la ayudé a sentarse en la silla que había al lado del armario—. Cálcese. Volveré enseguida. Procure tranquilizarse.

—De acuerdo —dijo Dana, tratando de ponerse cómoda.

Recogí su ficha del mostrador y seguí al doctor Hayes hasta el gabinete.

En cuanto estuvimos seguros de que no nos oían, él se volvió hacia mí.

—Procure entablar conversación con ella. Vea si puede conseguir más información.

—Lo intentaré. Lo único anormal que me contó fue lo del mordisco.

—¿Seguro que no fue un animal?

Me encogí de hombros.

—Ella dijo que fue un tipo que estaba borracho. La herida parece infectada.

El doctor Hayes volvió a mirar en el monitor las anómalas acumulaciones de gases.

—Es una lástima. Y parece una buena chica.

Asentí con tristeza. David y yo cambiamos una mirada. Aspiré una profunda bocanada de aire y me preparé para volver a la habitación con el terrible secreto. Acabábamos de conocernos, pero impedirle conocer su inminente fallecimiento me parecía casi una traición.

Las suelas de mis zapatillas chirriaron cuando las levanté del suelo.

—¿Preparados? —pregunté luciendo una radiante sonrisa.